

que se hacen hombres políticos se les confía de ordinario el cómico papel de ser forzosamente la buena conciencia de una política.

470. *El lobo oculto tras el cordero.*—Todo político tiene alguna vez, en determinadas circunstancias, tal necesidad del apoyo de un hombre honrado, que semejante á un lobo hambriento se introduce en el rebaño, sólo que no es para devorar á los corderos, sino para ocultarse bajo su piel.

471. *Tiempo dichoso.*—Un siglo dichoso es absolutamente imposible, por la razón de que los hombres no quieren sino deseirlo, pero no tenerlo; y todo individuo, cuando experimenta días dichosos, aprende á pedir formalmente al cielo turbaciones y miseria. El destino de los hombres está dispuesto *para momentos dichosos*, que toda vida los tiene, pero no para épocas dichosas. Sin embargo, estas épocas quedan como «por encima de los montes» en la imaginación de los hombres como un legado de los antepasados; puesto que sin duda, desde tiempos muy remotos, este concepto del siglo dichoso proviene de ese estado del hombre, en que después de la tensión violenta de la caza y de la guerra, se abandona al reposo, extiende sus alas y siente batir alrededor de él las alas del sueño. Por un falso razonamiento cree el hombre que, conforme á ese antiguo hábito, *después de periodos enteros* de angustia y de pesares puede gozar *en un grado y tiempos proporcionales* su estado de dicha.

472. *Religión y gobierno.*—Luego que el Estado, ó más claramente el gobierno, se cree establecido como tutor de una masa menor, y se proponga, por causa de ella la cuestión de saber si la religión debe ser sostenida ó dejada de la mano, es de todo punto probable que se determinará siempre por el mantenimiento de

la religión; pues la religión pacífica la conciencia individual en los tiempos de pérdidas, de escaseces, de terror, de desconfianza, y por consiguiente, en aquello en que el gobierno se encuentra incapacitado para obrar directamente, por tratarse del alivio de los sufrimientos morales del hombre privado. Hay más todavía: aun en los males generales inevitables y que no pueden preverse, hambres, crisis pecuniarias, guerras, la religión asegura una actitud de las masas tranquila, de expectación, de confianza. En todas partes donde las lagunas necesarias ú ocasionales del gobierno ó bien las peligrosas consecuencias de intereses dinásticos se hacen sentir para el hombre inteligente y le predisponen á la rebelión, los no inteligentes creen ver el dedo de Dios y se someten con paciencia á las disposiciones de *lo alto* (concepto en el cual se confunden de ordinario las maneras de gobernar divinas y humanas): así, la paz interior y la continuidad de la religión se encuentran garantidas. El poder que reside en la unidad del sentimiento popular, en opiniones y fines iguales para todo, es protegido y sellado por la religión, salvo los raros casos en que un clérigo se olvida de ello y entra en lucha con la fuerza gubernativa. De ordinario, el Estado sabrá atraerse á los sacerdotes porque tiene necesidad de su educación de las almas, toda privada y oculta, y porque sabe apreciar á servidores que aparente y exteriormente representan un interés muy distinto. Sin la ayuda de los sacerdotes, aun hoy ningún poder llegaría á ser «legítimo», como lo comprendió Napoleón. Así, van siempre juntos un gobierno absoluto y un mantenedor absoluto de la religión.—Por otra parte, es necesario sentar en principio que el personal y las clases dirigentes están edificadas sobre la utilidad que les ase-

gura la religión, y por consiguiente, hasta cierto punto se sienten superiores á ella, desde que la emplean como medio: fué también esto lo que dió origen á la libertad de pensamiento. Pero ¿qué sucederá si una concepción totalmente distinta de la idea de gobierno, cual hoy se enseña en los Estados *democráticos*, comienza á difundirse? ¿Qué sucederá si no se ve en el gobierno sino al instrumento de la voluntad del pueblo, y no una superioridad en comparación de una inferioridad, sino exclusivamente una función del soberano único, es decir, del pueblo? En este caso, el gobierno no puede tomar en relación á la religión, sino la misma posición del pueblo; toda difusión de luces deberá tener su resonancia hasta en sus representantes, la utilización y explotación de las impulsiones y consue- los religiosos con fines políticos, no será fácilmente posible (á menos que jefes de partidos poderosos no ejerzan de tiempo en tiempo influencia semejante á la del despotismo ilustrado). Pero cuando el Estado no pueda ya sacar él mismo utilidad de la religión ó el pueblo tenga ya sobre las cosas de religión demasiado diversas opiniones para que sea posible al gobierno seguir en las cosas concernientes á la religión conducta idéntica y uniforme, el remedio que se presentará necesariamente será tratar á la religión como un asunto privado y relacionarla con la conciencia y las costumbres de cada cual. La consecuencia de ello será por de pronto que el sentimiento religioso aparezca robustecido en el sentido de que las excitaciones ocultas y oprimidas á las cuales el Estado, voluntaria ó involuntariamente, no suministraba aire vital, harán entonces explosión y se dilatarán hasta el extremo; más tarde se demostrará que la religión hormiguea de sectas y que se han sembrado á profusión dientes de

dragón en su campo, desde el instante en que se hacía de ella un asunto privado. El espectáculo de la lucha, la revelación hostil de todas las doctrinas religiosas, no permitirá ya sino un solo remedio, y es que los mejores y mejor dotados hagan de la religión su negocio privado: y sobre todo, este estado de espíritu dominará entonces aun en el espíritu del personal gubernativo, y casi á despecho de su voluntad, dará á las medidas que tome, carácter antirreligioso. Desde que esto se produzca, la tendencia de los hombres animados todavía por sentimientos religiosos, que antes adoraban al Estado como cosa sagrada, á medias ó totalmente, se trocará en otra tendencia decididamente *hostil al Estado*; aborrecerán las medidas del gobierno, tratarán de detenerlo, de atravesarse en su camino, de inquietarlo en la medida de su poder, y obligarán así, por el calor de su oposición, á los partidos contrarios, los irreligiosos, á entrar en un entusiasmo casi fanático *por* el Estado; á todo lo cual vendrá á unirse un motivo secreto: que en estos partidos los corazones sentirán un vacío después de su ruptura con la religión, y procurarán crearse un sucedáneo, una especie de bocamina, en su afición por el Estado.

A continuación de estas luchas de transición, que quizá duren largo tiempo, se decidirá por fin la cuestión: si los partidos religiosos son bastante fuertes para volver á su estado antiguo y dar máquina atrás, en este caso es inevitablemente el despotismo ilustrado (quizá menos esclarecido y más tímido que antes), el cual tomará al Estado por la mano; ó bien los partidos irreligiosos adquirirán la superioridad, y entonces suprimirán y harán imposible la reproducción de sus adversarios después de algunas generaciones, sin duda por la escuela y la educación. Pero

entonces también en éstos disminuirá ese entusiasmo por el Estado: aparecerá más y más claramente que con esa adoración religiosa, según la cual el Estado es un misterio, una institución sobrenatural, ha sido quebrantado también el respeto y la piedad en sus relaciones con él. Por lo mismo, los individuos no lo mirarán sino desde el lado en que pueda serles útil ó nocivo, y se dedicarán por todos los medios á tener influencia sobre él. Solamente que esta concurrencia se hará muy pronto demasiado grande, los hombres y los partidos variarán demasiado ligeros, se precipitarán demasiado ferozmente unos á otros hasta la falda de la montaña, apenas llegados á su cumbre. Faltarán á todas las medidas que adopten los gobiernos la garantía de su duración; se retrocederá ante empresas que deberían tener durante decenas y centenas de años un crecimiento lento y seguro para tener tiempo de madurar sus frutos. Nadie sentirá ya, ante una ley, otro deber que el de inclinarse momentáneamente delante de la fuerza que la ha producido; pero pronto se emprenderán trabajos de zapa por una fuerza nueva, por una nueva mayoría que habrá de formarse. Al fin,—puede declararse esto con seguridad—la desconfianza hacia todo gobierno, la inteligencia de lo que tienen de inútil y de extenuante estas luchas de corto aliento, deberán llevar á los hombres á una resolución enteramente nueva: á la supresión de la oposición «privada y pública». Las sociedades privadas atraerán hacia sí, paso á paso, los asuntos del Estado: aun la pieza más sólida que quedará de la antigua labor del gobierno (aquella función, por ejemplo, que debe garantizar á los particulares contra los particulares), quedará, finalmente, un día asegurada por emprendedores privados. El descrédito, la decadencia

y la muerte del Estado, la manumisión de la persona privada (no tengo recelo de decir: del individuo), es la consecuencia de la idea democrática del Estado: en eso consiste su misión. Una vez realizada su tarea,—que, como toda cosa humana, lleva en su seno mucho de razón y de sinrazón,—una vez vencidas todas las recaídas de la antigua enfermedad, una nueva hoja tendrá el romancero de la humanidad, en la cual se leerá toda suerte de historias extrañas, y quizá también algunas cosas buenas. Repitiendo brevemente lo que acabamos de decir: el interés del gobierno tutelar y el interés de la religión marchan de la mano; de manera que si ésta comienza á perecer, el interés del Estado será siempre quebrantado. La creencia en un orden divino de las cosas políticas, en un misterio en la existencia del Estado, es de origen religioso: desaparecida la religión, el Estado perderá inevitablemente su antiguo velo de Isis y no recobrará más su respeto. La soberanía del pueblo, vista de cerca, servirá para hacer desvanecer hasta la magia y la superstición última en el dominio de estos sentimientos; la democracia moderna es la forma histórica de *la decadencia del Estado*. La perspectiva que ofrece esta decadencia cierta no es, por otra parte, desgraciada bajo todos los aspectos: la habilidad y el interés de los hombres son, de todas sus cualidades, la mejor formada; cuando el Estado no corresponda ya á las exigencias de estas fuerzas, no será por cierto el caos el que le sucederá en el mundo, sino que será una invención mucho más apropiada que el Estado, la que triunfará del Estado. Del mismo modo que la comunidad ha visto ya perecer bastantes potencias organizadoras, por ejemplo, las de la comunidad de la raza, que durante muchos años fué mucho más poderosa que la de la

familia, que aun largo tiempo antes de la existencia de ésta se ejercitaba y comandaba ya. Aun nosotros mismos vemos que la importante idea del derecho y del poder de la familia, en otro tiempo dominante en toda la extensión del mundo romano, se va tornando cada día más pálida y más débil. Así, una raza futura verá al Estado perder su importancia en algunas regiones de la tierra, concepto en el cual muchos hombres del presente apenas pueden pensar sin temor y sin horror. *Trabajar* en propagar y en realizar este concepto es, á la verdad, asunto distinto: es necesario tener una idea soberbia de su razón y no comprender casi sino á medias la historia, para poner desde ahora la mano en el arado, en el tiempo en que nadie es capaz todavía de mostrar las semillas que deberán en seguida ser sembradas en el terreno labrado. Tengamos, pues, confianza en la «habilidad y el interés de los hombres» para mantener *todavía ahora* al Estado durante un buen rato y rechazar los ensayos de los semisabios, demasiado celosos y demasiado apresurados.

473. *El socialismo desde el punto de vista de sus medios de acción.*—El socialismo es el fantástico hermano menor del despotismo casi difunto, cuya herencia quiere recoger; sus esfuerzos son, pues, en el sentido más profundo, reaccionarios. Desea una plenitud de poder del Estado, tal como el propio despotismo no la ha tenido jamás; aun sobrepasa todo lo que enseña el pasado, porque trabaja por reducir á la nada formalmente al individuo: es que éste le parece un lujo injustificable de la naturaleza y debe ser corregido por él en un *órgano útil de la comunidad*. Como consecuencia de esta afinidad se deja ver siempre alrededor de todos los despliegues excesivos de

poder, como el viejo socialista tipo, Platón, en la corte del tirano de Sicilia; anhela (y aun exige en ocasiones) el despotismo cesáreo de este siglo, porque como he dicho, desearía ser su heredero. Pero aun esta herencia no bastaría á sus fines; le es necesaria la servidumbre completa de todos los ciudadanos al Estado absoluto; tal como jamás ha habido otra semejante, y como no tiene el menor derecho para contar con la vieja piedad religiosa hacia el Estado, sino que al contrario, debe de bien ó mal grado, trabajar constantemente por su supresión—pues que en efecto trabaja por la supresión de todos los *Estados* existentes—no puede tener esperanza de una existencia futura, sino por cortos períodos, aquí y allá, gracias al más extremo terrorismo. Por esto se prepara silenciosamente para la dominación por el terror, y hunde en las masas medio cultas, como un clavo en la cabeza, la palabra «Justicia», á fin de quitarle toda inteligencia (después de que esta inteligencia ha sufrido bastante por cierto en la semicultura) y de procurarles por el villano juego que ellos tendrán que hacer, una buena conciencia. El socialismo puede servir para enseñar de manera brutal y chocante el peligro de todas las acumulaciones de poder en el estado, y en este sentido insinuar una desconfianza contra el Estado mismo. Cuando su ruda voz se mezcle al grito de guerra: «*Lo más de Estado posible*», este grito resultará de pronto más ruidoso que nunca; pero en seguida estallará con no menor fuerza el grito opuesto: «*Lo menos de Estado posible*».

474. *El desarrollo del espíritu, causa de temor para el Estado.*—La ciudad griega (*polis*) era, como todo poder político, organizadora, exclusiva y desconfiada respecto al acrecentamiento de la cultura: su instinto

seguro de violencia, casi no mostraba en relación á ella sino tormentos y trabas. No quería admitir en la cultura ni historia ni progreso: la educación establecida en la constitución debía obligar á todas las generaciones y mantenerlas en un nivel único. Así como Platón lo quería todavía para su Estado ideal. Fué, pues, á despecho de la Polis el desarrollo de la cultura: es verdad que indirectamente y á su pesar, le prestaba una ayuda, la ambición de cada particular, estando como estaba en la Polis, excitada hasta el más alto punto, de manera que una vez empeñado en la vía del progreso intelectual, empujaba por ello también hasta el último límite. No se debe replicar tomando como base el pauegórico de Pericles, pues éste no era sino un gran miraje optimista sobre la unión que se decía necesaria entre la Polis y la cultura ateniense. Tucídides la hace brillar una vez más inmediatamente antes que la noche invadiese á Atenas (la peste y la ruptura de la tradición): luminoso crepúsculo destinado á hacer brillar el triste día que le precedió.

475. *El hombre europeo y la destrucción de las naciones.*—El comercio y la industria, el cambio de libros y de cartas, la comunidad de toda alta cultura, el rápido cambio de lugar y de país, la vida nómada que es actualmente la de todas las personas que no poseen terreno propio; todas estas condiciones entrañan necesariamente el debilitamiento, y al fin la destrucción de las naciones, por lo menos las europeas, si bien es cierto que debe nacer de ellas, por causa de cruzamientos continuos, una raza mezclada, la de los hombres europeos. A este fin se opone actualmente, á sabiendas ó no, el exclusivismo de las naciones por la producción de las enemistades *nacionales*, pero la mar-

cha de esa mezcla no marcha por eso menos lentamente, á pesar de todas las corrientes contrarias momentáneas; este nacionalismo artificial es, por lo demás, tan peligroso como lo ha sido el catolicismo artificial, pues es por esencia un estado de restricción, de sitio forzado, impuesto por un pequeño número á la mayoría, y tiene necesidad de la farsa, de la mentira y de la violencia para mantener su crédito. No es el interés del mayor número (de los pueblos), como se ha dado en decir, sino, antes que todo, el interés de ciertas dinastías principales, y después el de ciertas clases del comercio y de la sociedad, lo que conduce á este nacionalismo; después que se ha conocido tal hecho, no se debe temer llamarse solamente *buen europeo*, ni trabajar en pro de la fusión de las naciones, á lo cual los alemanes pueden contribuir muy bien por su vieja cualidad probada de ser *intérpretes é intermediarios de los pueblos*. Sigamos adelante: todo el problema de los *judíos* no existe sino en los límites de los Estados nacionales, en el sentido de que en ellos, su actividad y su inteligencia superior, el capital de espíritu y de voluntad que han ido acumulando largamente de generación en la escuela de las desgracias, debe llegar á predominar generalmente en una medida tal, que despertará el odio y la envidia hasta tal punto que en todas las naciones de hoy, y con tanta mayor fuerza cuanto mayores son los aires de nacionalismo que se dan, se propaga la impertinencia de la prensa, que consisten llevar á los judíos al matadero como á machoscabrios, emisarios de todos los males posibles, públicos y privados. Desde que no existe la cuestión de conservar ó establecer las naciones, sino la de producir y educar una raza mezclada de europeos tan fuerte como sea posible, el judío será un ingrediente tan útil

y tan deseable como cualquier otro. Toda nación, todo hombre tiene rasgos desagradables y hasta peligrosos; es, pues, barbarie querer que el judío constituya una excepción. Puede ser que sus rasgos presenten un grado particular de peligro y de horror, y puede ser también que el joven usurero judío sea en suma la invención más repugnante de la raza humana. Pero, á pesar de todo, yo quisiera saber cuánto, en una recapitulación total, se debe perdonar á un pueblo que, no sin falta de todos nosotros, ha tenido entre todos los pueblos la historia más penosa, y al que se debe el hombre más digno de amor (el Cristo), el sabio más íntegro (Spinoza), el libro más poderoso y la ley moral más influyente del mundo. Por otra parte, en los tiempos más sombríos de la Edad Media, cuando el telón de las nubes asiáticas pesaba terriblemente sobre la Europa, fueron los librepensadores, los sabios, los médicos judíos los que sostuvieron la bandera de las luces y de la independencia de espíritu, bajo la dominación personal más dura, y los que defendieron la Europa contra el Asia; á sus esfuerzos debemos en gran parte, que una explicación más natural del mundo, más razonable, y en todo caso libre del mito, haya podido lograr la victoria, y que la cadena de la civilización que nos ata á las luces de la civilización greco-romana, haya podido no ser interrumpida. Si el cristianismo ha procurado orientalizar el occidente, el judaísmo ha contribuido á occidentalizarlo de nuevo; lo que equivale á decir en cierto sentido, que ha hecho de la misión y la historia de Europa, *una continuación de la historia griega.*

476. *Superioridad aparente de la Edad Media.*—La Edad Media nos presenta en la Iglesia una institución que se propone un fin universal, abarcando la

humanidad en su conjunto, y además un fin necesario al interés—dicen—supremo de la humanidad; considerados bajo ese aspecto, los fines de los Estados y de las naciones que muestra la historia moderna, producen una impresión de estrechez, aparecen mezquinos, bajos, materiales, limitados en el espacio. Pero esta impresión de nuestra imaginación no debe determinar nuestro juicio, pues aquella institución universal respondía á necesidades artificiales, que descansaban en ficciones, que necesitaba hacer que nacieran, allí donde no existían (necesidad de redención); las instituciones nuevas remedian enfermedades reales, y llegará el tiempo en que nacerán instituciones destinadas á servir las verdaderas necesidades comunes de todos los hombres, á echar en la sombra y en el olvido el ideal de fantasía, la Iglesia católica.

477. *La guerra indispensable.*—Es una vana idea de utopistas y bellas almas esperar mucho todavía (ó mucho solamente entonces) de la humanidad, cuando se haya olvidado de hacer la guerra. Entre tanto, no conocemos otro medio que pueda dar á los pueblos fatigados esa ruda energía del campo de batalla, ese profundo odio impersonal, esa sangre fría en el que mata unida á una buena conciencia, ese ardor común por el aniquilamiento del enemigo, esa audaz indiferencia por las grandes pérdidas, por la propia vida y la de las personas que se ama, ese quebrantamiento sordo de las almas comparable á los terremotos, con tanta fuerza y seguridad como lo produce toda gran guerra: los arroyos y los torrentes que se muestran entonces corriendo, es verdad, sobre lechos de piedras y de fango de todas clases y arruinando los prados de cultivo más delicados, ponen en seguida en movimiento las ruedas de los talleres del espíritu que

vuelven á girar con fuerza nueva. La civilización no puede absolutamente prescindir de las pasiones, de los vicios y de las maldades. Cuando los romanos llegaron al imperio, se cansaron algo de la guerra, trataron de sacar nuevas fuerzas de la caza de bestias feroces, de los combates de los gladiadores y de las persecuciones de los cristianos. Los ingleses de hoy que parece que también han renunciado á la guerra, toman otro medio de entretener esas fuerzas que decrecen; los peligrosos viajes de descubrimientos, travesías, ascensiones, empresas, con esos que llaman fines científicos, pero que son en realidad el medio de conducir á su propio país, con las aventuras y los peligros de toda clase, un suplemento de fuerza. Se inventarán bajo diversas formas semejantes sustitutos de la guerra, pero quizá harán éstos conocer más y más que una humanidad de cultura tan elevada como la europea actual y que está por lo mismo tan fatigada, tiene necesidad no solamente de la guerra, sino de guerras más terribles, —de regresos momentáneos á la barbarie— para no gastar en medios de civilización su propia civilización y aun su propia existencia.

478. *Actividad en el Sur y en el Norte.*—La actividad se produce de dos maneras diversas. Los obreros del Sur son activos, no por el deseo de provecho, sino por la necesidad constante de los demás. Como siempre llega alguno que quiera herrar un caballo, componer un coche, el herrero es activo. Si nadie viniera se iría á callejear. El alimento no es grave necesidad en un país fértil; para obtenerlo sería menester pequeña cantidad de trabajo, pero en ningún caso de actividad; cuando peor le fuera se contentaría con mendigar. La actividad del obrero inglés supone, por el contrario, el gusto del provecho; tiene conciencia de

sí mismo y de su fin, quiere conquistar por la propiedad el poder, por el poder la mayor libertad y nobleza individual posible.

479. *La riqueza, origen de una nobleza de raza.*—La riqueza produce necesariamente una aristocracia de raza, pues pone en condiciones de poder elegir las mujeres más bellas, de pagar los mejores maestros, procura al hombre la propiedad, el tiempo para ejercitar su cuerpo, y sobre todo la posibilidad de evitar el trabajo corporal embrutecedor. En este sentido crea todas las condiciones para que los hombres durante algunas generaciones se porten y se conduzcan noble y virtuosamente; la libertad más grande de conciencia, la ausencia de mezquindades miserables, del rebajamiento ante los que procuran el pan, del ahorro centavo á centavo. Precisamente estas ventajas negativas son la más rica dote de fortuna para el hombre joven; un hombre muy pobre se arruina de ordinario por su nobleza de pensamiento; si no aprovecha, si no adquiere, su raza no es viable. Pero á pesar de todo, es necesario considerar que la riqueza produce casi los mismos efectos no obstante la desigualdad que en ella exista, sea que un hombre pueda gastar trescientos escudos ó treinta mil al año; ya desde entonces no hay progresión real de circunstancias favorables. Solamente, tener menos ó no tener, mendigar en la infancia y humillarse es cosa terrible; aunque para quienes buscan la dicha en el esplendor de las cortes, ó en la subordinación á los poderosos é influyentes, ó quieran llegar á ser príncipes de la Iglesia, pueda ser este buen punto de partida.—En él se aprende el modo de encorvarse para penetrar en los senderos subterráneos del favor.

480. *Envidia y pereza en sentidos diversos.*—Los

dos partidos adversarios, el socialista y el nacional—cualesquiera que sean los nombres que tengan en las diversas comarcas de Europa,—son dignos el uno del otro; la envidia y la pereza, en el uno y en el otro son las potencias motrices. En uno de los campos se quiere trabajar lo menos posible con los brazos, en el otro lo menos posible con la cabeza; en el último se odia, se envidia á los individuos eminentes que se engrandecen en su seno, que no se dejan con agrado colocar en filas y en rango para una acción en masa; en el primero se odia á la casta de la sociedad mejor establecida en condiciones más favorables, cuya misión, la producción de los beneficios superiores de la civilización, hace interior la vida más pesada y dolorosa. Si se lograra, es verdad, hacer de ese espíritu de acción en masa el espíritu de las clases elevadas de la sociedad, los batallones socialistas tendrían el derecho de aplicar el nivel entre ellos y aquellas clases, puesto que, moralmente, en la cabeza y el corazón se creen mutuamente en el mismo nivel: ¡Vivid como hombres superiores y haced sin cesar los negocios de la civilización superior; entonces todo lo que vive en ella reconocerá vuestros derechos, y el orden de la sociedad de que sois la cumbre será garantido contra todo atentado!

481. *La gran política y sus inconvenientes.*—Del mismo modo que un pueblo no sufre los mayores inconvenientes de la guerra y de su preparación en los gastos de la misma, en la paralización del comercio y de las comunicaciones, ni tampoco en el sostenimiento de los ejércitos permanentes—por graves que puedan ser estos inconvenientes, hoy que ocho Estados de la Europa gastan en ello anualmente la suma de cinco mil millones—sino en que de año en

año los hombres más sanos, más fuertes, más laboriosos, son arrancados en número extraordinario á sus ocupaciones y á sus vocaciones para hacerlos soldados; así también un pueblo que se propone como deber hacer gran política y asegurarse una voz preponderante entre las potencias, no soporta los mayores inconvenientes allí donde se encuentran de ordinario. Es verdad que á partir de ese momento sacrifica continuamente multitud de talentos eminentes en el «altar de la patria» ó por ambición nacional, siendo así que antes esos talentos que hoy devora la política, encontraban abiertos otros campos de acción. Pero al lado de esas hecatombes públicas, y en un fondo mucho más horroroso, tiene lugar un drama que no cesa de representarse en cien mil actos simultáneamente.

Todo hombre sano, laborioso, inteligente, activo, de un pueblo tan ávido de las coronas de la gloria política, está dominado por esa avidez y no se entrega á su labor tan completamente como en otro tiempo; los problemas y las inquietudes diariamente renovados por el bien público, devoran porción considerable del capital de la cabeza y del corazón de cada ciudadano; la suma de todos estos sacrificios y pérdidas de energía y de trabajo individuales, es tan enorme, que el florecimiento político de un pueblo acarrea casi necesariamente su empobrecimiento y debilitamiento intelectuales, y su disminución de capacidad para las obras que exijan mucha concentración y atención. Finalmente, uno puede preguntarse: *¿se encuentra el propio provecho* en todo este florecimiento y magnificencia del conjunto (que, en último término, no se manifiesta sino en el espanto de los otros Estados á la vista del coloso nuevo, y en una protección arrancada al extranjero para la prosperidad industrial y comercial

de la nación)? Y á estas flores groseras y pinturreadas de la nación, ¿deben sacrificarse todas las plantas y hierbas más notables, más tiernas y más intelectuales, cuyo suelo era hasta entonces tan rico?

482. *Repitámoslo todavía.*—Opiniones públicas, pe-rezas privadas.

## CAPITULO IX

### El hombre consigo mismo.

483. *Enemigos de la verdad.*—Las convicciones son más peligrosos enemigos de la verdad que las mentiras.

484. *Mundo al revés.*—Se critica con más severidad á un pensador cuando emite una proposición que nos es desagradable; y sin embargo, sería más razonable hacerlo cuando su proposición nos es agradable.

485. *Hombre de carácter.*—Un hombre parece tener más carácter porque siga siempre su temperamento que porque siga siempre sus principios.

486. *La única cosa que sea necesaria.*—Una sola cosa es necesario tener: ó un espíritu ligero por la naturaleza, ó un espíritu hecho ligero por el arte y por la ciencia.

487. *La pasión por las cosas.*—Quien pone su pasión en las cosas (ciencias, bienes del Estado, intereses de la civilización, artes) quita mucho del ardor á su pasión por las personas (aun cuando sean representantes de las mismas cosas, como los hombres de Estado, filósofos, artistas).

488. *El descanso en la acción.*—Así como una caída de agua al precipitarse se hace más lenta y más